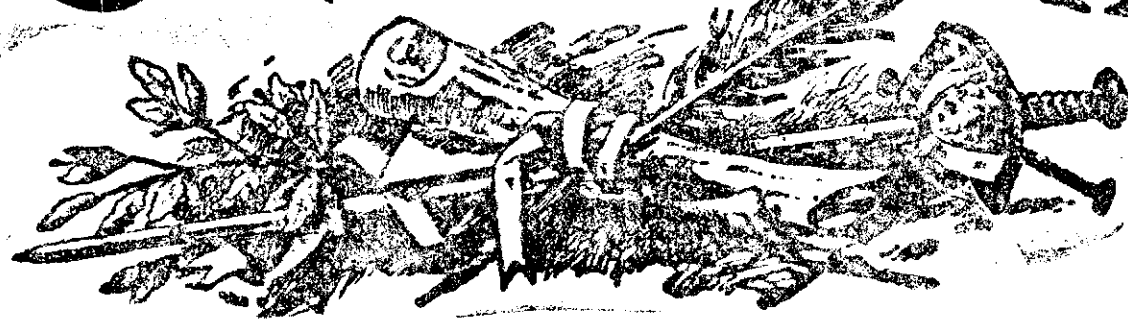


EL CORREO MILITAR



Año XXIX.—Epoca V.

Precios de suscripción.—Madrid, mes 1 peseta.—Provincias, trim. 4; sem. 7,50; año 15.—Portugal, sem. 11; año 20.—Extranjero, sem. 30; año 55.—Cuba y Puerto Rico, sem. 20 año 35.—Filipinas, sem. 25; año 50.—Número del día, 5 céntimos.—Atrasado, 15 céntimos.

Miércoles 12 de Mayo de 1897.

Se suscribe en la Administración del periódico y en casa de nuestros corresponsales.—También se reciben en la Administración, comunicados y anuncios españoles y extranjeros a precios convencionales.—Toda la correspondencia debe dirigirse al Administrador del *El Correo Militar*, Libertad, 8, 1.ª planta.

Núm. 6.452.

DISIPANDO NIEBLAS

Pocos días faltan para que la opinión pública fije definitivamente el juicio que le merece la campaña de Filipinas; y tal pudiera ser nuestra fortuna, que la llegada del general Polavieja coincidiera con el anuncio de hallarse pacificada por completo la provincia de Cavite.

«De luengas tierras grandes mentiras», y á tres mil leguas de distancia, bien que salvadas por un cable, pueden llegar á nosotros, y realmente llegan, bastante desfigurados los acontecimientos desarrollados en un país desconocido por la inmensa mayoría de los peninsulares.

Son muy pocos los que hasta la fecha han podido darse cuenta de la importancia, móviles y circunstancias de una insurrección que puso en inminente peligro la capital de aquellos territorios extensos, y que baraja fajas y sotanas, cerquillos y coletas con influencias kátipunescas y de otra índole, en un asunto tan relacionado con nuestra soberanía y prestigio en el país.

No es por tanto maravilla que la opinión se dividiese en un principio, creyendo algunos próxima una reproducción de las «Visperas sicilianas», corregidas y aumentadas por la barbarie tagala, mientras suponían otros que no rebasaría los límites de un motín.

Entre ambos extremos se hallaba la masa neutra del pueblo, inconsciente y deseosa de conocer la verdad, dispuesta á recibir impresiones del primero que se las anticipara con vislumbres de certeza, y así pudieron lucirse á sus anchas los primeros corresponsales, que con letra abierta y carta blanca, fueron remitiendo por entregas la que podemos llamar *la novela de los tagalos*, pues la historia habrá que reconstituirla poco á poco, según vayan llegando documentos y testigos presenciales más imparciales y verídicos que los llegados hasta la fecha.

Cuando menos hemos conseguido de poco tiempo acá una ventaja nada despreciable: la de suspender el juicio, que parecía un tanto exajerado, respecto á la importancia de la insurrección y á los medios necesarios para reprimirla, y reivindicar el crédito de las autoridades superiores que gobernaban el archipiélago al estallar la rebelión, muy particularmente la del general Blanco, cuya figura militar apareció envuelta en una nube densísima de emanaciones pontinas, que el sol de la verdad ha disipado poco á poco, hasta hacerle justicia tan completa como por sus relevantes servicios se merece.

Es indudable que allí existe un influjo bastante poderoso para mixtificar la verdad, influjo que podrá estar representado por determinadas clases; pero que ha conseguido absorber toda la vida y recursos del país, y que no parece hacer el mejor uso de su influencia. Si los hechos llegan á confirmar tal presunción, no habrá más recurso que contrarrestar con elementos más firmes y sinceros, los que por egoísmos y rivalidades nos han puesto en el trance peligroso que todos lamentamos.

El elemento peninsular, representado en Filipinas por tres mil, lo está hoy por treinta mil; la opinión podrá, pues,

orientarse mejor en sus juicios, cuando se reintegren á la Patria esos valerosos soldados, que al combatir los enemigos armados, habrán podido descubrir los hojalateros y manipuladores indirectos del movimiento, y cambien con nosotros sus impresiones que serán un plebiscito sincero que ilustre y fije el verdadero estado de los asuntos de Filipinas, así como el mérito correspondiente que debe en justicia reconocerse á cuantos han contribuido á sofocar el incendio, y la responsabilidad que deba exigirse á los que directa ó indirectamente lo hayan provocado.

A medida que vuelven expedicionarios de Filipinas, se difunde la luz. Con el ilustre Polavieja llegan no pocos entendidos jefes y oficiales, que aportarán nuevos datos, y el nuevo caudillo que se halla al frente de las tropas, continuando las victorias de su antecesor, contribuyendo todo á desvanecer los falsos juicios é infundados apasionamientos que en la opinión pública se habían arraigado con detrimento de la verdad y de la justicia.

Esperemos, pues, confiadamente que la efervescencia de estos días se encauzará por las vías de lo razonable, sin darle otras proporciones que las aconsejadas por la prudencia y la razón, ya que hemos tenido la fortuna de poner en claro lo que tan oscuro llegó á presentarse por causas ajenas, seguramente, á los que se pretende obsequiar ó zaherir.

CINTARAZOS

El *Estandarte*, que se pasa de bondadoso, cree que la plausible intención de *El Imparcial* iniciando la manifestación no era política.

Pero no habrá poder humano que arranque de las columnas de *El Imparcial* estas palabras, que dan la explicación de todo, y que publicó al iniciar la idea.

Dijo el colega:

«Para los capitanes generales que han venido de las campañas de Cuba y Filipinas sólo fué dable solicitar respetuoso silencio. El fracaso imponía la omisión de todo pláceme; la historia militar demandaba las consideraciones.

Hoy que, por suerte de la Patria, vamos á recibir á un entendido soldado que en cuatro meses de labor logra aniquilar una insurrección tan potente que hizo infructuosas y de tristes resultados las acometidas dirigidas por el general Blanco.»

Ahí está claro y patente el agravio á otros distinguidos generales.

Hasta se citan nombres propios.

Cuando *El Imparcial* borra de su colección esas palabras, entonces podrá creer la gente que no le guiaba una intención política y un móvil de venganza.

Después de esas palabras, nadie se puede llamar á engaño, y sólo el afán de exhibirse es el que puede llevar á algunos á tomar parte en un acto cuya significación conocen de antemano.

A título de curiosidad publico la lista de aspirantes á ministros que da *El Globo*, como quien da la lista de la Lotería.

Allá va la lista, formada por clases:

Marqueses: De Aguilar de Campóo, de Pidal, del Vadillo, de Mochales y de Viana.

Condes: De Torrealanz y de Esteban Collantes.

Ex ministros: Sres. Fabié, Barzanallana, Romero Robledo, Concha Castañeda, Sánchez Bustillo, Bosch y Fuste-gueras y Danvila.

Hombres políticos que no han sido ministros: Sánchez Toca, Osmá, García Alix, Lastres, Conde y Luque, Puga, Bergamín, Jove y Hevia, Santos Guzmán, Hernández Iglesias y Serrano Alcázar.

Total, 25.

No son muchos.

Porque como ha puesto 25, pudo poner 50, 75, 100 ó 1.000.

¿Qué conde, marqués, duque, ex ministro, político, senador, diputado, consejero, concejal ó banquero no aspira á ser ministro?

Pero la lista publicada debe ser apócrifa, porque hay muchos nombres que no sirven.

Fabié se asoma hoy á la ventana del Consejo de Estado y no trata de mudarse; Concha Castañeda está ya muy cansado para esos trotes.

Jove y Hevia no alcanzó talla para ministro, y ya á sus años no es fácil que crezca.

Sánchez Toca está bien en el Municipio, donde se necesita hombre de buen olfato.

Y por ende de buenas narices.

Y algunos otros sólo cuentan con un voto para ser ministros.

El suyo propio.

Creo, pues, que no quedan más nombres útiles para el cargo que Romero Robledo y Bosch de competencia y talla indiscutibles.

García Alix que es joven, animoso é inteligente.

Mochales que tiene buena voluntad y buenas aldabas.

Pidal (marqués de) que vale más de lo que por ahí se cree.

Conde y Luque que merece serlo, y Puga que tiene un talento más grande que su cabeza.

Total, siete.

Y eso que *El Globo* apuntaba 25.

Pero vino San Rafael con la rebaja.

El País publica hoy las siguientes significativas palabras:

«No creemos que las clases industriales de Madrid vayan conscientemente á hacer el juego de una empresa que á costa de ajenos prestigios busca su propia glorificación.

Pero si á eso se llegara, si á tal extremo se lleva la comedia con estandartes y pendones, no extrañe nadie después que el pueblo ejercite también su derecho de manifestación; que no es éste exclusivo de los que aplauden, sino también de los que silban.»

Sería doloroso que el afán de singularizarse *El Imparcial* produjese un conflicto en las calles de Madrid.

A tales extremos conduce la intemperancia.

Una pequeñez de *El Tiempo*:

«Se dice que ya ha sido requerida por alguien la presencia del ingeniero Sr. Echegaray (D. Eduardo) para que el día de la llegada del general Polavieja cubique la manifestación que haga el pueblo de Madrid.

¡Es una gran idea!

Pues antes de verificarse la manifestación, ya la tengo cubificada.

Multiplico á Rancés por el gremio de

salchicheros, le sumo el gremio de vianeros, lo elevo al cubo ó á la cuba, le extraigo la raíz cuadrada, lo divido por la mitad, y añado al cociente muchos ceros.

Defendiendo á Polavieja, dice *El Movimiento Católico* que los Sres. Cánovas y Sagasta no pueden con los calzones.

Pues los llevan muy bien puestos.

Sin consumir cloral.

Y además tienen muchos ligados.

Sin infartos.

SAN RAFAEL

La Administración Militar moderna EN CAMPAÑA

Hemos dicho al final de nuestro artículo anterior que la Administración Militar moderna en campaña ha de tener una organización adecuada á las exigencias de la guerra, de modo que se distinga de su actual modo de ser, por su gran movilidad y rapidez en los movimientos tácticos, ejecutándose á la manera de como lo verifica la Artillería, para lo cual necesita que se le dote de gran número de carruajes ligeros y de abundantes tropas propias que formen parte integrante de las columnas mayores ó menores en número de combatientes que operen con absoluta ó relativa independencia.

Y dado que se admita por todos la dotación de esos carruajes, podrá preguntarse por algunos: ¿Para qué tantas tropas, como si la Administración Militar fuera arma de combate?

Cabalmente, así la consideramos nosotros. Pero tratemos ahora el primer punto.

Antes, cuando los ejércitos en campaña vivían sobre los países en que operaban, ciertamente que se necesitaba poca Administración Militar. No pagando sus haberes á los oficiales ni á los soldados, dejándoles mendrear por los poblados y los campos para sustentarse, ó repartiéndoles de cuando en cuando un pan ó mendrugo duro y negro, durmiendo al raso después de haber conquistado difíciles posiciones á fuerza de arrojo y sangre, con poca Artillería, mal armados y peor municionados; á la verdad que no se necesitaba más que requisar ó embargar cuantos medios de transporte encontrasen al paso, despojando así al ciudadano de sus elementos de trabajo, ó un par de contratisas, el uno de transportes y el otro de viveres, cuyos abastecedores, resultando enriquecidos con cuantiosas fortunas al final de la guerra, presentaban en el papel millones de raciones suministradas al Ejército y miles de acémilas empleadas en su conducción, acémilas y raciones que, tal vez por contratiempos en las marchas ó ya por difícil defensa de los convoyes, nunca llegaban á tiempo á los campamentos para satisfacer las necesidades de los soldados.

Y esto es justamente lo que nosotros pretendemos evitar. Si la Administración Militar no está á la altura de lo que el progreso exige en Grecia ni en Turquía, y aun en otros ejércitos mejor organizados de Europa, no es razón suficiente para que nosotros copiemos sus deficiencias en punto tan esencial como que es uno de los que marcan el grado de cultura de los pueblos, porque el soldado de hoy necesita que se le trate y cuide con mayor esmero que el de ayer, efecto de una también mayor reconocida personalidad del ciudadano, y porque el derecho de gentes, piadoso y respetable, va infiltrándose en el sentido del derecho internacional, dando por resultado su compensación, ese otro sentido humanitario que se nota ya y va imponiéndose, á merced de poderosas iniciativas, en el procedimiento de las guerras modernas.

Y esas mayores necesidades del soldado, requieren unos medios de transporte considerables, adecuados á los fines que deben perseguirse, siendo uno de ellos el de poner con rigurosa exactitud las raciones y las municiones allí donde se necesitan, llevándolas con rapidez á la extrema vanguardia, á los flancos, á todos los puntos en donde habiendo hecho alto el fuego, tengan las tropas algún respiro y puedan aprovechar esos momentos para reponer sus municiones y tomar un refrigerio que fortalezca sus fuerzas abatidas; y el otro, retroceder con toda rapidez, cuando acontezca una derrota para salvar los artículos y material que se conduce; ó sin derrota, si un mando prudente ordena una metódica retirada.

Mientras la Administración Militar no llegue á la perfección en el fraccionamiento de estos suministros y ejecute una retirada con ligereza y facilidad, cuyos movimientos, por su rapidez y precisión, son de naturaleza táctica, puede afirmarse que no realiza la misión que le impone el arte de la guerra.

UN VETERANO.

DUENDES

EN NUESTRA REDACCIÓN

La redacción de *EL CORREO MILITAR*, que reposadamente vivía en la calle de Santa Brígida núm. 4, se trasladó ayer á la calle de la Libertad, 8, primero. Pronto tendremos que dejar este nuevo domicilio, cuajado de duendes. Sí, señores; de duendes que hablan, gritan y escriben, filtrándose por las paredes.

Ayer por la mañana, el señor director protestaba de la escandalosa vecindad, que creyendo los muebles de sus casas bigornias de herrador, descargaban golpes y más golpes que interrumpían nuestra tarea. Se mandaron algunos avisos á los que creímos revoltosos, y contestaron que los *golpistas* éramos nosotros.

—Eso es una burla, decía nuestro colérico director.—Ahora mismo voy á ver al amo de la casa. Cuando concluyáis el trabajo, darlo á la imprenta y marcharos.

A los cinco minutos de haberse ido, todos teníamos concluida nuestra faena; las cuartillas las hubimos de escribir con la portentosa facilidad de un *medium*. Los martillazos seguían, y con fuerte neuralgia nos fuimos.

Por casualidad volví al oscurecer para ver la *Última hora*; despaché al conserje con un recado y me quedé solo. ¡No lo hubiese hecho!

Los golpes ensordecían y gritos inarticulados amedrentaban. Harto ya, me desaté en insultos y abusé de las imprecações, y conseguí que se callasen. A poco se filtran dos fantasmas con contornos de figura humana.

—¿Quiénes sois?—pregunté.

—La Prensa.

—Bien venida. De ella somos parte.

—¡Ja! ¡Ja! La Prensa, militar *bambino*, somos nosotros dos.

—¿Cómo os llamáis?

—*El Imparcial* y el *Heraldo de Madrid*.

—¿Y vosotros sois todo?

—Sí. Porque otros periódicos viven del favor del Gobierno y de las subvenciones y, en consecuencia, no son órganos de la opinión pública. Nosotros somos sus verdaderos intérpretes, somos...

Un seco golpe se oyó y nuevas figuras aparecieron en escena, hablando una de ellas así:

—Sois una empresa mercantil. Vuestros directores son gerentes, obligados por los accionistas á darles un dividendo grande.

—¡Atrevido! Te mandaremos los padrinos.

—Con ellos excusaréis el oírme; pero hasta entonces escuchad. Un artículo titulado *La última palabra* y otro *El Rasgo* publicados en periódicos pequeños, pero no órganos de una empresa, provocaron lo que sabéis. *El Huracán* dirigido por Espronceda y *El Guirigay* por González Bravo se lician con temor. Hoy todos estamos en el secreto, escriben los periodistas porque les pagan; y con arreglo á lo que les mandan expresen su cerebro para abogar por una causa que sólo su corazón debe defender.

La Prensa daba muestras de impaciencia y sus ojos arrojaban llamas.

No os incomodéis *Imparcial* y *Heraldo*.